

aunque eran todos jóvenes y dispuestos (la mayor parte de las fuerzas veteranas estaban en el Sur con los generales del Inca), perdieron el ánimo desde el momento en que supieron la cautividad de su señor. No tenían tampoco quien les guiase, porque no reconocían mas autoridad que la del hijo del Sol; y parecían detenidos por una especie de invisible hechizo cerca del sitio de su prisión, mirando con supersticioso temor á los blancos que habian tenido bastante audacia para acometer tal empresa (1).

El número de los prisioneros indios era tan grande, que algunos de los conquistadores fueron de opinion que se les debía matar á todos, ó por lo menos cortarles las manos, así para evitar que se entregasen á actos de violencia, como para infundir terror en los demas de su nacion (2). Esta proposicion provino sin duda de la soldadesca mas baja y feroz, pero el haberse hecho muestra qué clase de elementos entraban en la composicion de las tropas de Pizarro. El jefe la deshechó desde luego por no menos impolitica que cruel y envió á los indios á sus respectivos hogares, asegurándoles que á ninguno se les haria daño mientras no hiciesen resistencia á los blancos. Quedáronse sin embargo los conquistadores con suficiente número de ellos para su servicio, y en este punto se proveyeron con tal abundancia, que el soldado mas inferior tenia tantos criados como hubiera podido tener el noble mas rico y gastador (3).

Los españoles encontraron inmensos rebaños de llamas custodiados por sus correspondientes pastores en las inmediaciones de los baños y destinados para el consumo de la corte. A muchos de ellos se les dejó vagar por sus montañas, aunque Pizarro mandó reservar considerable número para el uso de su ejército. No fueron pocos, en efecto, los que se reservaron si, como uno de los conquistadores dice, se mataban cada dia ciento y cincuenta cabezas (4). Lo cierto es, que los españoles los destruían con tan poca prevision, que á los pocos años los soberbios rebaños mantenidos con tanto cuidado por el gobierno peruano habian casi desaparecido de la tierra (5).

La partida enviada á saquear la quinta del Inca trajo un rico botín en plata y oro que consistía principalmente en vajilla, cuyas piezas admiraron mucho á los españoles por su tamaño y peso. Estas y unas grandes esmeraldas halladas en el mismo sitio, juntamente con las preciosas alhajas encontradas en los cadáveres de los indios nobles que habian perecido en la matanza, fueron puestas en lugar seguro para ser despues repartidas. En Caxamalca encontraron tambien las tropas almacenes llenos de géneros tanto de algodón como de lana, muy superiores á los que hasta entonces habian visto, así por la finura de su tejido como por la destreza con que estaban casados los colores. Estas piezas de tela estaban puestas

(1) Desde aquel tiempo, dice Ondegardo, los españoles que hasta entonces habian sido designados con el título de *barbudos*, fueron llamados por los indigenas *Viracochas*, creyéndoles protegidos por la divinidad. El pueblo de Cuzco, que no tenia buena voluntad al cautivo Inca, miraba á los extranjeros, dice el autor, como enviados por Viracocha mismo. (Rel. prim., MS.) Esto nos recuerda la supersticion, ó mas bien la poética ilusion de los antiguos griegos que creían que los extranjeros eran enviados de Júpiter.

Πρός τὴν Δίον εἰσιὶ ἄπαντες Ζεῖνοί τε. ΟΔΥΣ. ε. ν. 57.

(2) Algunos fueron de opinion que matasen á todos los hombres de guerra ó les cortasen las manos. Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 200.

(3) «Cada español de los que allí iban tomaron para sí muy gran cantidad, tanto que como andava todo á rienda suelta, havia español que tenia doscientas piezas de indios y indias de servicio.» Conq. y Pob. del Perú, MS.

(4) «Se matan cada dia ciento cincuenta.» Xerez, Conquistador del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 202.

(5) Cieza de Leon, Crónica, cap. LXXX.—Ondegardo, Rel. seg., MS.

unas sobre otras desde el suelo hasta los mismos techos de los edificios; y habia tantas, que despues de haberse provisto cada soldado de todo lo que quiso, todavia no se conocia la disminucion (6).

De buena gana hubiera Pizarro dirigido inmediatamente su marcha sobre la capital del Perú; pero la distancia era grande y su fuerza pequeña, la cual todavia habria tenido que reducirse, pues el Inca necesitaba guardia; y el jefe español temia penetrar mas adentro en un imperio hostil tan poblado y poderoso y con presa de tal valor en sus manos. Esperaba pues con gran impaciencia refuerzos de las colonias; y despachó un correo á San Miguel para anunciar sus recientes triunfos y averiguar si habian llegado tropas de Panamá. Entre tanto empleó su gente en hacer de Caxamalca un pueblo propio de cristianos erigiendo una iglesia, ó tal vez destinando á este uso algun edificio indio; en esta iglesia decían misa todos los dias los padres dominicos con gran solemnidad. Se reconstruyeron tambien las destrozadas tapias de la ciudad, dándoles mas fortaleza de la que antes tenían, y en breve desapareció hasta el menor rastro del huracan que poco antes la habia asolado.

No tardó Atahualpa en descubrir entre la ostentacion de religioso celo que hacían sus vencedores, un oculto apetito, mas poderoso en muchos de ellos que el interes de la religion ó de su ambicion. Era este la sed de oro, de la cual determinó aprovecharse para conseguir su libertad, cosa importante y que no debía dilatarse segun la crítica situacion en que se hallaban sus negocios. Su hermano Huascar desde su derrota habia sido detenido como prisionero á las órdenes del vencedor. Hallábase entonces en Audamarca, á poca distancia de Caxamalca, y Atahualpa temia con fundamento, que Huascar cuando supiese su prision hallase fácilmente medios de corromper á sus guardias, de escaparse y de ponerse á la cabeza del imperio, sin rival ya que se lo disputase.

Con la esperanza pues, de efectuar su propósito apelando á la avaricia de sus vencedores, dijo un dia á Pizarro que si queria darle libertad, él se obligaba á cubrir de oro todo el piso del aposento en que estaban. Los que se hallaban presentes le oyeron con incrédula sonrisa; y el Inca viendo que no recibía respuesta, añadió con cierto énfasis que no solamente cubriria el suelo sino que llenaria el cuarto hasta que el oro llegase á su altura; y empujándose sobre las puntas de los pies hizo una señal con la mano en la pared todo lo mas alto que pudo. Asombráronse los circunstantes y considerando sus promesas como efecto de la loca jactancia de un hombre que por conseguir su libertad no reparaba en el significado de sus palabras. Pero Pizarro quedó muy perplejo, al paso que habia ido internándose en el país, mucho de lo que habia visto y todo lo que habia oído confirmaba las maravillosas noticias recibidas acerca de las riquezas del Perú. El mismo Atahualpa le habia hecho la mas magnífica pintura de las riquezas de la capital, donde los techos de los templos estaban chapeados de oro, las paredes colgadas de tapicería, y el pavimento hecho de baldosas del mismo precioso metal. Aunque estas relaciones fuesen exageradas, algun fundamento debían tener, y de todos modos era bueno acceder á la proposicion del Inca porque así se recogía todo el oro de que podía disponer y se evitaba que lo saqueasen ó escondiesen los indios. Accedió por tanto á la oferta de Atahualpa, y tirando una línea encarnada en la pared á la altura que el Inca habia indicado, hizo que un escribano tomase nota de los términos en

(6) Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, página 200.

«Todas estas cosas de tiendas y ropas de lana y algodón eran en tan gran cantidad, que á mí parecer fueran menester muchos navios en que cupieran.» Relacion del primer descubrimiento, MS.

que se habia hecho y aceptado la proposicion. El aposento era de unos diez y siete pies de ancho por veinte y dos de largo y la línea que se tiró en las paredes marcaba una altura de nueve pies (1). Este espacio habia de llenarse de oro en inteligencia de que el metal no habia de ser fundido y trasformado en barras, sino que habia de tener la forma original de los artículos manufacturados, para que el Inca tuviese el beneficio del hueco que pudieran ocupar. Se convino tambien en que se llenase dos veces de plata y en la misma manera el cuarto inmediato que era de mas pequeñas dimensiones; el Inca pidió dos meses de término para cumplir este contrato (2).

No bien se hizo este pacto, despachó el Inca correos á Cuzco y á otras principales ciudades del reino con orden de trasladar sin pérdida de tiempo á Caxamalca todos los ornamentos y utensilios de oro de los reales palacios, de los templos y de los demas edificios públicos. Entre tanto, continuó viviendo entre los españoles, tratado con el respeto debido á su categoría y gozando de toda la libertad compatible con la seguridad de su persona. Aunque no se le permitía salir afuera, podía pasearse suelto en sus propias habitaciones bajo la celosa vigilancia de una guardia que sabia demasiado el valor del cautivo para demostrarse negligente. Concediósele tambien la sociedad de sus mujeres favoritas, y Pizarro tuvo cuidado de que no se violase el sagrado de sus interioridades domésticas. Sus vasallos tenían libre acceso hasta el soberano y todos los dias recibía visitas de indios nobles que iban á ofrecerle presentes y á manifestarle el sentimiento que les causaba su desgracia. En tales ocasiones aun los vasallos de mas poder y categoría no llegaban á su presencia sin haberse quitado primero las sandalias y llevando peso en las espaldas en señal de respeto y sumision. Los españoles miraban con curiosidad estos actos de homenaje ó mas bien de servil humillacion por un lado y el aire de completa indiferencia con que eran acogidos como cosa ordinaria y comun por otro; y se formaban alta idea del carácter de un príncipe que aun en aquella apurada situacion podia inspirar tales sentimientos de respeto á sus súbditos. Tantos acudían á verle y tal adhesión le mostraban que al fin los vencedores comenzaron á abrigar sospechas (3).

(1) He adoptado las dimensiones que cita el secretario Xerez. (Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 202.) Segun Hernando Pizarro el aposento era de nueve pies de alto, treinta y cinco de largo y diez y siete ó diez y ocho de ancho. (Carta, MS.) Los cálculos mas moderados dan todavia bastantes dimensiones al aposento.

Stevenson dice que vieron una gran pieza, parte del antiguo palacio, y entonces residencia del cacique Astopilla, donde el malhadado Inca estuvo prisionero; y añade que todavia estaba visible la línea trazada en la pared. (Residencia en la América del Sur, tomo II, pág. 165.) El Perú abunda en restos tan antiguos como la conquista; y no es extraño que se haya conservado la memoria de un sitio tan notable como este, si bien no sea un recuerdo que los españoles estimen en mucho conservar.

(2) Es notable la uniformidad con que cuentan los antiguos cronistas los hechos contenidos en este párrafo. (Conf., Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Carta de Hernando Pizarro, MS.—Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, ut supra.—Naharro, Relacion sumaria, MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. II, cap. IV.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. LXIV. Herrera Hist. general, dec. V, cap. I.)

Tanto Naharro como Herrera dicen terminantemente que Pizarro prometió al Inca su libertad si cumplía las condiciones del pacto. Esto no lo confirman los demas cronistas, si bien no dicen que el general español desechase tales condiciones. Y como segun todos los autores Pizarro escitó á su prisionero á que cumpliera el contrato por su parte, debió de darle á entender implícitamente si no explícitamente que él le cumpliría por la suya. Es ademas improbable que el Inca se hubiese deshecho de sus tesoros si no hubiera contado con que el contrato se habia de llevar á debido efecto.

(3) Relacion del primer descub., MS.—Naharro, Relacion

Pizarro no despreció la oportunidad que se le ofrecia de comunicar las verdades de la revelación á su prisionero, y tanto él como su capellan el padre Valverde trabajaron en esta buena obra. Oyoles Atahualpa con serenidad y aparente atencion. Pero nada pareció conmoverle mas que el argumento con que el jefe militar terminó su discurso, á saber, que no podía ser verdadero el dios á quien Atahualpa adoraba, pues habia consentido que cayese en manos de sus enemigos. El infeliz monarca reconoció la fuerza de este argumento diciendo que en efecto su deidad le habia abandonado en el momento en que mas necesitaba de su amparo (4).

Sin embargo, su conducta para con su hermano Huascar en aquel tiempo prueba claramente que cualquiera que fuese el respeto que tuviera á sus maestros, las doctrinas del cristianismo hicieron poca impresion en su ánimo. No bien tuvo Huascar noticia de la prision de su rival y del gran rescate que habia ofrecido por su libertad, hizo, como Atahualpa habia previsto, los mayores esfuerzos para recobrar la suya, y envió ó trató de enviar un mensaje al capitán español diciéndole, que él pagaría un rescate mucho mayor del que Atahualpa le habia prometido; el cual no habiendo residido nunca en Cuzco ignoraba la suma de tesoros que en aquella ciudad habia y donde estaban depositados.

Tuvo aviso secreto de esto Atahualpa por las personas encargadas de la custodia de su hermano: y sus celos escitados por la noticia se aumentaron mas con la declaracion de Pizarro de que intentaba traer á Huascar á Caxamalca donde examinaria por sí mismo la controversia y determinaria cuál de los dos tenia mas derecho al cetro de los Incas. Pizarro conoció desde luego las ventajas que la competencia entre los dos hermanos le podria proporcionar poniendo el peso de su espada en la balanza para que se inclinase del modo que mas cuenta le tuviera. El partido que por su nombramiento empuñase el cetro seria un instrumento con el cual podria hacer su gusto mucho mas eficazmente que en su propio nombre. Todos saben que esta fue la política seguida por Eduardo I en los asuntos de Escocia, y por muchos otros monarcas antes y despues; y aunque tales ejemplos no debían ser familiares á un soldado ignorante, Pizarro tenia una percepcion demasiado viva para necesitar, á lo menos en este punto, las lecciones de la historia.

Mucho asustó á Atahualpa la determinacion del jefe español de resolver la contienda entre los dos rivales; porque temia que, prescindiendo de las razones que militasen por su hermano, la decision seria probablemente en favor de este, cuyo carácter suave y flexible harian de él un instrumento muy conveniente en manos de los conquistadores. Así sin mas vacilar determinó que con la muerte de Huascar desapareciese para siempre la causa de sus celos.

Sus órdenes fueron ejecutadas inmediatamente, y el desgraciado príncipe fue ahogado, segun se dice, en el rio de Andamarca, prediciendo al morir que los blancos vengarian su muerte y que su rival no le sobreviviria mucho tiempo (5). Así pereció el desgraciado sumaria, MS.—Zárate, Conquista del Perú, libro II, capítulo VI.

(4) «I mas dijo Atabalpa, que estaba espantado de lo que el gobernador le habia dicho: que bien conocia que aquel que hablaba en su idolo no es Dios verdadero, pues tan poco le ayudó.» Xerez Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 205.

(5) Los historiadores no están de acuerdo ni en el sitio ni en la manera en que se dió muerte á Huascar. Todos convienen, sin embargo, en que murió de muerte violenta por orden de su hermano. Conf., Herrera, Hist. general, dec. V, lib. III, cap. II.—Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, t. III, pág. 204.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Naharro, Relacion sumaria, MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. II, capítulo VI.—Instruc. del Inca Titucussi, MS.

do Huascar, legítimo heredero del trono de los Incas en la primavera de su vida y en el principio de su reinado; reinado que sin embargo fue bastante largo para permitirle desplegar muchas de sus excelentes y amables cualidades, aunque por naturaleza era de carácter demasiado blando para competir con el osado y feroz genio de su hermano. Tal es el retrato que de él nos hacen los cronistas indios y castellanos, aunque debe advertirse que los primeros eran parientes de Huascar y los últimos ciertamente no tenían muy buena voluntad á Atahuallpa (1).

Recibió este príncipe la noticia de la muerte de Huascar con grandes muestras de sorpresa é indignación y envió inmediatamente á llamar á Pizarro para comunicarle el suceso, lo que hizo con espresion del mas profundo dolor. Pizarro no quiso al principio dar crédito á tan desagradable noticia y dijo bruscamente al Inca que su hermano no podia haber muerto, y que le hacia responsable de su vida (2). A esto contestó Atahuallpa asegurando de nuevo el hecho y añadiendo que habia sido perpetrado sin su anuencia por los encargados de la custodia de Huascar, temerosos de que se escapase aprovechando la conno-



Promesas del Inca para conseguir su libertad.

Pero las distancias eran grandes y los mensajeros volvian lentamente, trayendo en su mayor parte pie-

(1) Garcilasso de la Vega y Titucussi Yupanqui eran descendientes de Huayna Capac, de la pura raza del Perú, y enemigos naturales por tanto de su pariente de Quito, á quien miraban como usurpador. Las circunstancias hicieron á los españoles enemigos de Atahuallpa, y era natural que tratasen de denigrar su reputación, poniendo su carácter en contraste con el dulce y blando de su rival.

(2) «Sabido esto por el gobernador, mostró que le pesaba

en que se hallaba el país. Pizarro hizo por su parte investigaciones y halló que la noticia de la muerte era demasiado cierta. Si el crimen fue ejecutado por los oficiales de Atahuallpa sin su espreso mandato, estos no hicieron mas que anticiparse á los deseos de su soberano. Este crimen, que el parentesco inmediato entre su autor y la víctima pinta á nuestros ojos con mas negros colores, no era tan enorme entre los Incas, en cuyas múltiples familias los lazos de la fraternidad debian ser muy débiles para contener el brazo de un déspota deseoso de remover toda clase de obstáculos.

#### CAPITULO VI.

Llegada del oro del rescate.—Visita á Pachacamac.—Demolicion del idolo.—El general favorito del Inca.—Vida del Inca en su cautiverio.—Conducta de los enviados al Cuzco.—Llegada de Almagro.

1533.

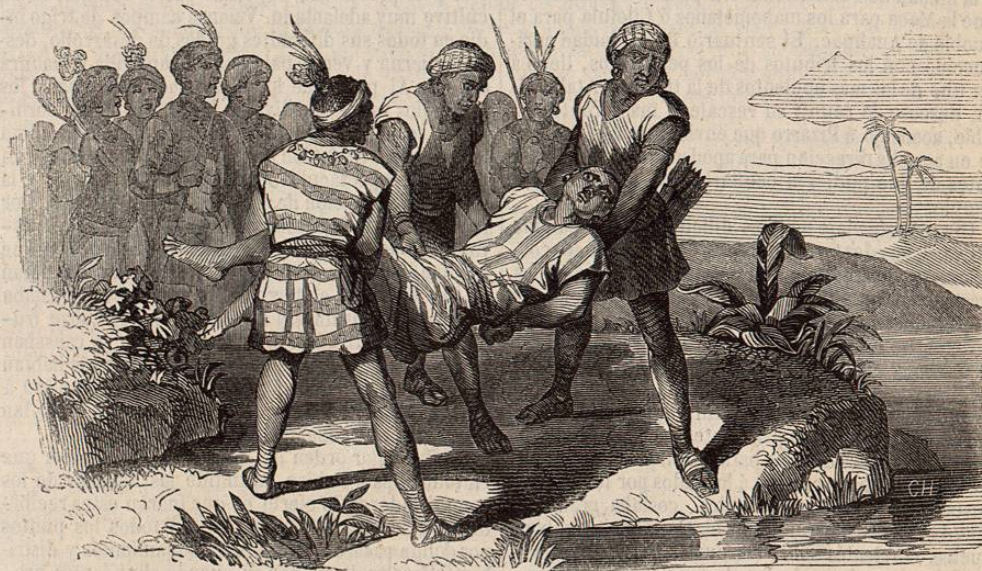
VARIAS semanas habian pasado desde que Atahuallpa despachara á sus emisarios en busca del oro y de la plata prometidos á los españoles por su rescate.

zas macizas de plata, algunas de dos ó tres arrobas de peso. Sin embargo en pocos dias llegaron por valor de treinta ó cuarenta mil pesos de oro y de cincuenta ó sesenta mil pesos de plata. Brillaban los codiciosos ojos de los conquistadores al contemplar los relucientes montones del tesoro que traian los indios sobre

mucho: y dijo que era mentira, que no le habian muerto, que lo trujesen luego vivo: y si no que él mandaria matar á Atahuallpa. Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, página 204.

sus espaldas, y que despues de cuidadosamente pesado y anotado era puesto en depósito bajo la custodia de una fuerte guardia. Entonces empezaron á creer que se cumplirian las magníficas promesas del Inca; pero al paso que su avaricia se aguzaba al ver delante de sí una riqueza que apenas se habian atrevido á imaginar, se aumentaban sus impacientes exi-

gencias, no haciéndose cargo de la distancia y dificultades del camino, y vituperando altamente la tardanza con que se ejecutaban los regios mandatos. Llegaron á sospechar tambien que Atahuallpa hubiese inventado el pretexto de su rescate solamente con el objeto de entablar comunicaciones con sus vasallos mas distantes y que la dilacion fuese calculada con



Muerte de Huascar.

el objeto de ganar tiempo para asegurar la ejecucion de sus planes. Circulaban rumores de sublevacion entre los peruanos y manifestábanse entre los españoles temores de un ataque repentino y general contra sus reales. Sus nuevas riquezas les dieron mayor causa de cuidado y temblaban como el avaro en medio de sus tesoros (1).

Pizarro comunicó á su prisionero los rumores que circulaban entre los soldados, diciendo que uno de los sitios que se señalaban como punto de reunion de los indios era la inmediata ciudad de Guamachucho. Atahuallpa oyó con gran sorpresa la noticia y rechazó con indignacion el cargo que se le hacia como falso desde el principio hasta el fin. «Ni uno solo de mis vasallos, dijo, se atreverá á presentarse armado ni á levantar un dedo sin orden mia. Me teneis, añadió, en vuestro poder; mi vida está á vuestra disposicion; ¿qué mejor garantía podeis tener de mi fidelidad?» Despues manifestó al gefe español que las distancias de muchos puntos eran muy grandes; que aunque se enviase á Cuzco, la capital, un mensaje por una serie de correos apostados al efecto, tardaria en llegar desde Caxamalca cinco dias y que se necesitarian muchas semanas para que los portadores del tesoro pudiesen hacer el mismo camino con carga tan pesada sobre sus espaldas. «Pero podeis satisfaceros, dijo, de que procedo de buena fé, enviando algunos de vosotros á Cuzco. Yo les daré un salvo conducto; y allí

podrán inspeccionar la ejecucion de mis órdenes y ver con sus propios ojos que no se prepara ningun movimiento hostil.» La oferta era buena; y Pizarro, deseoso de adquirir noticias mas circunstanciadas y auténticas del estado del país, la aceptó de bonísima gana (2).

Antes de la partida de estos emisarios, el general habia despachado á su hermano Hernando con unos veinte caballos y un pequeño cuerpo de infantería á la inmediata ciudad de Guamachucho, con orden de reconocer el país y averiguar si era ó no cierto el rumor de haberse reunido allí fuerza armada. Hernando Pizarro encontró el país tranquilo y recibió muy buena acogida de los naturales; pero antes de salir de Guamachucho recibió órdenes de su hermano para que continuase su marcha á Pachacamac, ciudad situada en la costa á cien leguas por lo menos de distancia de Caxamalca. Habia en esta ciudad un gran templo consagrado al dios Pachacamac á quien los peruanos reverenciaban como á criador del mundo. Dícese que en su primera ocupacion del país encontraron allí altares erigidos en honor de este dios; y era tal la veneracion en que le tenian los naturales, que los Incas en vez de abolir su culto juzgaron mas prudente autorizarlo, juntamente con el de su propia deidad el Sol. Uno y otro templo se elevaban juntos sobre las alturas que dominaban la ciudad de Pachacamac y prosperaban con las ofrendas de sus respec-

(1) Zárate, Conq. del Perú, lib. II, cap. IV.—Naharro, Relacion sumaria, MS.—Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 204.

(2) Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, págs. 203 y 204.—Naharro, Relacion sumaria, MS.